

DE QUE EL MONO DESCIENDE DEL HOMBRE

PERSPECTIVAS ACTUALES DE LA SEMIÓTICA

Miguel Ángel GARRIDO GALLARDO
C.S.I.C. Madrid.

Introducción.

Se me ha pedido que en este Curso de Introducción a la Semiótica que contiene varias doctas conferencias, me limite yo a una breve clase totalmente general que reflexione sobre la importancia de la disciplina (dejémosla por el momento en *disciplina*) en la que se nos ha introducido. Voy a procurar que esta reflexión resulte inteligible no sólo a los que ya están más o menos familiarizados con las cuestiones de las que se han oído hablar, sino también al público general. Confío en que, haciéndolo así, se nos aclare a nosotros mismos -semiólogos y comparsa- el sentido genuino de una actividad a la que tal vez nos dedicamos por inercias académicas y que un esfuerzo de este tipo puede obligarnos a delimitar en sus perfiles precisos.

Ocurre, sin embargo, que para llevar a cabo tal intento habremos de plantear una pregunta más general. El llamado hombre de la calle no se cuestiona lo que es la semi... qué, sino más ampliamente, para qué sirven las Humanidades. ¿Cómo es posible la investigación en Ciencias Humanas, lo que suele ser nombrado como "Letras"? Mirando así las cosas, la necesidad de justificar socialmente la virtualidad de la Semiótica no es más que un caso de la necesidad de divulgar socialmente la razón de ser (si la tienen) de las Humanidades, cuestión que no es sólo de nuestro tiempo (existen referencias a este problema ya en los Padres Griegos), pero que durante este último siglo no ha hecho más que crecer desmesuradamente a la par que las maravillas de la tecnología reclaman nuestro asombro cada día, ahora que Julio Verne se ha

quedado tamañito con descubrimientos con los que, sin embargo, rápidamente nos familiarizamos para pasar sucesivamente de unos a otros en la era en que el hombre ha llegado a poner su pie en la Luna.

¿Para qué valen, pues, las Humanidades? Tendríamos que responder, en primer lugar, que la labor del especialista en Ciencias Humanas no es, por lo general, tan etérea, tan “lfrica” como pudiera parecer a primera vista.

Quien investiga, por ejemplo, la fonética de una lengua, graba, mide y compara, consiguiendo unos resultados estrictamente útiles en tecnología. Así, para tenerlos en cuenta en el diseño de la red telefónica, que no debe filtrar ninguno de los sonidos de la lengua en cuestión por inadecuación de su banda. O en la fabricación de dispositivos para sordos en los que habrá de contar con cuáles son los elementos deteriorados para amplificar lo que haga falta y no todo: cuando no se hace así, se procede como si se le pusiera una trompa en la oreja. Y no es eso.

De todas maneras, una actividad como la fonética y una aplicación tecnológica como la referida no describen de modo adecuado el ser de las Humanidades. Ni siquiera se puede defender que se dedique una atención prioritaria a tales tareas y más, cuando en Ciencia, programar en demasía es una forma de estupidez. Recuerdo a este propósito que sir Ernest Robert Chaing, premio Nóbel con Fleming y descubridor de los efectos terapéuticos de la penicilina, me decía un día en que almorzábamos juntos que desde que la Royal Society le marcaba las líneas de investigación, no había vuelto a descubrir absolutamente nada.

Nadie dudará, en todo caso, de que los descubrimientos de un Saussure, de un Jakobson o de un Chomsky están en la base de los nuevos y más eficaces métodos de aprender lenguas, aunque el maestro que sigue el método, e incluso el autor inmediato del método pedagógico mismo, no llegue a saber por qué están empleando técnicas radicalmente distintas de las de principios de siglo. Y es que han llegado hasta ellos, sin que lo sepan, las fecundas consecuencias de un conocimiento más profundo de la esencia del lenguaje, debido a las metodologías estructuralistas y postestructuralistas y a la nueva consideración del “lenguaje en situación”.

Podríamos ir enumerando consecuencias de Lingüística Aplicada hasta abrumar a nuestro presunto interlocutor, pero no hay necesidad. La Filología es la actividad que estudia la lengua y estudiar la lengua es mejorar la capacidad

de leer (entender) y expresarse, es, en definitiva, mejorar la calidad personal de las personas, potenciar el don preciado de su libertad, siempre asediada en esta vida (y más en el mundo dominado por los amplificadores que constituyen los “mass media”) por el riesgo de la manipulación.

El mono, descendiente del hombre

Hemos puesto ejemplos de la Filología, disciplina que se ocupa del estudio de las lenguas naturales en sus múltiples manifestaciones. Pero, mirado desde un cierto aspecto, todo hecho cultural es lenguaje, todo “comunica” algo y, de ahí, la importancia de esa estrategia de investigación que llamamos Semiótica y que se ocupa de cuanto de comunicación hay en las más diversas manifestaciones de la vida cultural y social.

Toda la vastedad de relaciones humanas tiene una dimensión comunicativa porque ser “comunicativo” pertenece a la naturaleza misma del ser humano, en efecto, “homo signans”.

Cabe imaginar un mundo primitivo de animales en que cada uno -como pasa ahora- ha de luchar por superar los obstáculos que se le presentan en la naturaleza. Sin duda, la superación de un obstáculo puede encararse de dos formas: o uno se hace más grande que el obstáculo o hace el obstáculo más pequeño hasta volverlo manejable. Los animales todos “se hacen más grandes”: especializan sus patas para la huida, endurecen su boca para traspasar con un pico las cáscaras, afilan sus colmillos a efectos de lucha y alimentación y así sucesivamente. Sorprendentemente empezó a haber un primate que poseía, entre otros, un poder distinto, el de hacer el obstáculo “más pequeño”: no necesitaba tenerlo delante para “utilizarlo”, porque lo podía nombrar.

Nominación y transformación son dos consecuencias del poder de simbolización. El pedrusco grande puede ser removido por el palo, que deja de ser tal porque le llamo “palanca” y, como recuerda Barthes, evocando al recién nombrado Julio Verne, los personajes de su novela se hacen cargo de *La Isla Misteriosa* cuando la pueden cartografiar y hacen frente a las inclemencias naturales, llamando a los restos de vela “aspas de molino” o a la piel de foca, “abrigo”.

No voy a pretender yo que muchos lamentables programas de divulgación científica de las emisoras de televisión, o las introducciones sobre orígenes del lenguaje de obras de Lingüística (incluso de un fonetista tan estimable como el anciano Malmberg) o los manuales escolares dejen de dar como un hecho que el hombre desciende del mono. Me parece, no obstante, que, aun sin haber leído a Julián Huxley, y más allá de todo intento de precisión paleontológica, cualquiera puede caer en la cuenta de que más bien el ser humano es un "fósil" de mono primitivo con una cola atrofiada que no ha llegado a desarrollar nunca y con dificultades notables para colgar de los árboles. A los demás monos que les faltó ese "algo distinto" se les desarrollaron manos y cola, los que lo recibieron se quedaron -nos quedamos- tal cual.

Como vio muy bien Husserl, la dimensión comunicativa entraña un carácter de totalidad compuesta de sucesivas capas, la primera de las cuales está constituida evidentemente por los mensajes verbales.

Están, pues, los mensajes verbales que intercambiamos en registro oral o escrito, cifrando en el código de alguna de las numerosísimas lenguas naturales que existen en la actualidad. Estos mensajes constituyen tan sólo una parte del conjunto de mensajes de cualquier tipo, realidad que justifica la variedad de actividades semióticas que se emprenden o pueden emprender, ya se acepte (lo que parece difícil) que los códigos de las lenguas naturales son el modelo de todos los códigos comunicativos, ya se limite la importancia del código idiomático al hecho de ser el primario y, por consiguiente, a la realidad de que es, con mucho, el más estudiado desde los albores de las respectivas civilizaciones. Dando un paso más, nos encontramos con el carácter comunicativo que evidentemente entrañan las manifestaciones estudiadas por la antropología (que se hace explícito en los trabajos de Lévi-Strauss, por ejemplo) y, desde luego, de la ciencia económica. Cuando Carlos Marx señalaba la transformación de "valores de uso" en "valores de cambio" (y más allá de las consecuencias erróneas que sacaba), estaba haciendo pura semiótica, describiendo la transformación de la mercancía en dinero, del objeto en signo, consecuencia primaria del proceso humano de simbolización. Finalmente, la constitución biológica del hombre parece adecuarse estrictamente a este modo de ser, de modo que cada vez se progresa más en el establecimiento de una ciencia biológica de la comunicación como nos atestigua, por ejemplo, el libro *L'organisation biologique et la théorie de l'information* de H. Atlan. Parece ser que el sustrato biológico, como el idioma, funciona como un sistema de

control por realimentación abierto, o sea, equilibrio, o sea puro código convencional, o sea, comunicación, aunque precisamente en esta esfera -la de la comunicación biológica- no se diferencie gran cosa el hombre del animal. Es decir, todos iguales en la comunicación biológica, pero radicalmente distintos en cuanto al fenómeno -y sus causas- de la simbolización.

Multiplicidad de mensajes

La Semiótica no se identifica con ninguna de las Ciencias Humanas, cada una de las cuales tiene como objeto material un fenómeno cultural determinado, no es, pues, una disciplina en sentido estricto, es más bien un punto de vista que se añade a todas las disciplinas, poniendo de relieve ese carácter comunicativo al que venimos haciendo referencia.

Si la dimensión comunicativa de todos los fenómenos englobados en el marbete "cultural" es de tal importancia que constituye la razón de ser de las diversas disciplinas humanísticas, ¡cuál no será el interés de la actividad que tiende a poner de relieve en todas ellas precisamente dicha dimensión! Porque eso es -además de teoría general (teoría de las teorías)- la Semiótica.

La creación de un barrio por el marqués de Salamanca es, sin duda, un hecho urbanístico, en este caso incluso un hecho urbanístico capital en la constitución del Madrid actual. Pues bien, los miradores de las casas del barrio tuvieron un nacimiento funcional: la conveniencia de que las féminas pudieran mirar cómo paseaban los viandantes al tiempo que hacían *crochet*, resguardadas del viento por una cristalera. Sin embargo, con el paso del tiempo, el aumento de la polución, la desaparición de los bulevares, el abandono de la calesa como vehículo en el que dirigirse a los toros y demás horrores que ha traído la vida moderna dejan sin sentido ese tipo de construcción. Y, sin embargo, no desaparece en las nuevas remodelaciones: la función se ha convertido en "representación", ya estética, ya social.

Si de balcones y terrazas se trata, pasemos a este otro hecho. Los pisos de Carabanchel de los años 60 solían tener una terraza con o sin función de tendedero, pero, en todo caso, con función de respiradero o desahogo de viviendas de 60 metros cuadrados construidas (¡y cómo!) para uso del inmigrante y su familia. Con el tiempo, el desarrollo económico va cambiando la faz de España y a su paso ve nacer terracitas como éstas en muchos pueblos

de nuestra geografía rural, construidas como ampliación del ventanuco del segundo piso (doblado) de la casa de labor cuando para tomar el fresco resulta mucho más práctico salir a la puerta de la calle y saludar a los transeúntes sin barreras ni distancias. Además, como no hay problemas de limitación de metros cuadrados, las casas suelen ser amplias.

Dos cuestiones de urbanismo que se convierten en cuestiones semióticas; en la primera, tal vez la función se ha convertido en signo estético; en la segunda, la función ha sido entendida como signo social y se ha trasplantado como indicador de ascenso en el "status" por el prestigio de la cultura urbana: "tengo terrazas como los de la capital".

También la moda indumentaria es una cuestión típicamente semiótica. Hace tan sólo unas décadas en determinadas zonas de España los labradores se abrigan en invierno con pellizas, pero no podían llevar gabanes ("abrigos largos") sin caer en la murmuración generalizada. De nuevo, el mismo proceso, la dureza de la función del oficio de agricultor obligaba a vestidos recios para afrontar el frío durante la faena; cuando ésta concluía, de tal manera estaba vinculada indumentaria y profesión que hubiera resultado un ridículo intento de desclasamiento cambiar pelliza por gabán. Téngase en cuenta que para nada se ha de pensar en alguna determinación económica. Los agricultores ricos no llevaban gabán, los pobres artesanos ("artistas"), a saber, músicos, ebanistas, conserjes..., sí lo podían llevar. (En un libro colectivo coordinado por Eco se piensa en la pelliza como emblema de la valentía del cazador que va vestido con la piel de la pieza cobrada, pero éste no es, en absoluto, el caso que describimos). Así, podríamos seguir discuriendo sobre los avatares del sincorbatismo (la corbata es llevada por administrativos y dependientes y rechazada por ricos jóvenes universitarios), las variantes combinatorias del cuello de la camisa en el atuendo del varón, la larga y espinosa historia del traje de clérigo, etc., etc. Y no mencionamos, por evidente, la importancia de los diversos códigos rituales (todo rito es puro código) que lleva a Lévi-Strauss a descubrir asombrosos paralelismos entre el ingreso en la Academia y los ritos iniciáticos de los indios bororos. El dominio de la actividad semiótica es un mar sin orillas.

El caso de la Literatura

Si la indagación de las dimensiones comunicativas tiene la importancia que tiene por estar éstas enraizadas en la misma naturaleza del ser humano e ilumina de forma satisfactoria aspectos que antes habían pasado ocultos en el cultivo de las diferentes Ciencias del Hombre, hay que decir que existe un dominio particular donde el punto de vista semiológico resulta especialmente fecundo: se trata del dominio de la Literatura.

La Literatura, como arte bella que se “fabrica” con palabras, participa de diversos sistemas de signos, tiene caracteres de su materia prima, pero también del modo de funcionar códigos comunicativos engastados en diversas sustancias. El paralelismo -y las discrepancias- entre diversos sistemas semióticos pueden saltar aquí fácilmente a la vista. Repasemos.

Podemos encontrar una leyenda medieval narrada con palabras, mediante las leyes de la lengua y del código narrativo y la misma historia puede ser reconocida en el relato pintado en un fresco; podemos opinar que las ilustraciones que hace Doré del *Quijote* son o no son adecuadas; solemos caracterizar con un marbete común períodos a la vez sociales, artísticos y culturales: por ejemplo, “el Barroco”.

Jakobson nos enseñó que los dos procesos semánticos fundamentales (metáfora y metonimia) por los que hablamos de “hoja de papel” o de vender “mil cabezas” o de “consumir mil litros de Jerez” se dan en la pintura y en el cine y constituyen dos hilos conductores de la calificación artística: realismo (eje metonímico), poética (eje metafórico). Con la visión semiótica hemos aprendido que la Literatura es “otra cosa” distinta de un registro de lengua (aunque lo suela incluir), es un modo de actuación comunicativo con sus propias reglas, en parte semejantes y en parte diferentes de las de los códigos implicados en el complejo acontecimiento literario, fenómeno artístico de la serie artística, acción lingüística de la serie idiomática, actuación (siempre) retórica de la actividad discursiva.

A primera vista, se podría pensar -y se ha pensado, en efecto, muchas veces- que la diferencia entre “lengua estándar” y “lengua literaria” no son sino de matiz y grado como gustaba decir a Dámaso Alonso. La perspectiva semiótica, sin embargo, ha puesto de relieve una importante realidad. Las unidades no significan consideradas en sí mismo de un modo aislado, tampoco

ni siquiera en relación con las otras unidades del sistema según las reglas del código en cuestión. Las unidades significan en relación con el código y en situación.

¿Qué quiere decir esto? Recordemos el viejo chiste de Jaimito. Un profesor ha ordenado en clase que se haga una redacción sobre el tema “madre no hay más que una”. El día señalado los alumnos leen la composición:

Juanito: “Cada vez que en casa se pone pollo para comer mi madre reparte la pechuga y los muslos y ella se sirve las alas que dice que es lo que más le gusta. Lo mismo ocurre cuando hay pescado, ella se come la cabeza. Y es que madre no hay más que una”.

Pepito: “Recuerdo cómo mi madre en las frías noches de invierno en que yo estaba en cama febricitante por una fuerte gripe se quedaba sin dormir velando mi sueño, aun tiritando de frío cuando se desvanecía totalmente la calefacción. Y es que madre no hay más que una”.

Jaimito: “En cierta ocasión mi madre me dijo: Jaimito, ve al frigorífico, coge una Coca-Cola y me la traes, luego, vuelves de nuevo y tomas otra para tí. Abrí el frigorífico, miré y exclamé: Madre, no hay más que una”.

Sin duda se me podrá augür que en el ejemplo citado las diferencias de pausa y altura tonal marcan claramente los dos significados contradictorios. Y es verdad. Pero no deja de serlo también que existen enunciados formalmente idénticos y de sentidos bien diferentes. Con el ejemplo tópico, recordemos que “sólo” significa “sin compañía”, escrito como entrada de un diccionario y “café” pronunciado ante la barra de un bar.

No habría, sin embargo, que recurrir a ejemplos tan extremos para darnos cuenta de que “actuamos” con las palabras, de que no sólo transmitimos conceptos, y menos, conceptos fijos, de que las reglas de la comunicación lo son de la interacción comunicativa en la que unidades de lexicón y reglas gramaticales son elementos importantes, pero no únicos.

Pues bien, la institución social que llamamos Literatura es -toda ella- un fenómeno de comunicación que convierte la lengua de que se trate en “otra cosa”. Por el mero hecho de que un enunciado se nos entrega como “Literatura”, como libro perteneciente a un género, nos exige que busquemos en él, más allá incluso de las apariencias, un descubrimiento que el autor quiere

compartir con nosotros o, al menos, una pista para buscar por nuestra cuenta *algo* en que tal vez nunca habríamos reparado.

En el caso de la poesía, y poesía hermética, tal hecho se manifiesta de un modo palmario:

*Mi corazón tendría la forma de un zapato,
si en cada aldea hubiera una sirena*

será aceptado como un enunciado y no un puro sin sentido si sabemos que su autor es un reconocido poeta y el libro en que leemos, un libro de poemas.

Cualquier palabra -recordará Guillén-, “trino” o “basura” puede pasar a formar parte de una poesía.

El discurso literario muestra así paladinamente que la significación nace no sólo de la relación de los signos entre sí (sintaxis semiótica), ni de los signos con los referentes que representan (semántica semiótica), sino también -y muy principalmente en este caso- de la relación de los signos con los usuarios (pragmática), es decir con quienes escriben, quienes leen, quienes interpretan en un momento dado y en una sociedad dada que cuenta entre sus instituciones sociales -insisto- con una que llamamos “literatura”, compuesta de “géneros literarios”.

Códigos. Mensaje. Situación.

He dicho tantas veces, como he insinuado aquí, que una conversación oída en una taberna, grabada, juzgada interesante, transcrita, impresa y vendida como volumen suelto en una colección de novelas *es* literatura, que podría parecer que defiendo, contra toda evidencia, que el hecho de “ser literatura” es algo independiente del texto al que atribuimos tal calificación.

Habitualmente nada más lejos de la realidad. Es precisamente la constitución del texto la primera razón de esta calificación. Y si hay cartas que con el tiempo son editadas como Literatura y obras literarias que con el correr de los años provocan la sonrisa desdeñosa, lo habitual es que las cartas sigan siendo consideradas cartas y la literatura -buena o mala-, literatura.

Umberto Eco señaló dos posibles relaciones del mensaje con el código en que éste está cifrado. Una relación es la pedestre, clara e inequívoca, que se

adhiera a todas las convenciones consabidas del sistema. Así se escribe una factura o un horario de trenes. Lo que interesa es que el usuario no se llame a engaño, por lo que no importa introducir una “alta tasa de redundancia”:

Número	Concepto	Precio pts.	Total pts.
3	Paraguas	4.500	13.500

Lo mismo sería decir “3 paraguas, 13.500 pts.” Pero no. Hay que remachar. No se trata de abrir nuevos horizontes, sino de cobrar.

En otro extremo están los textos de “alta tasa de información”:

El oxímoron *la música callada*, por ejemplo, no responde a las reglas que en español rigen constituyentes inmediatos. “Música” poseerá siempre el sema [+ sonora], pero uniéndola a “callada” el autor está diciendo que “música” aquí significa *otra cosa* y animando al lector a asomarse a un mundo de armonía sin ruido. La relación de las unidades con el código es ambigua, posible sólo con una impensable flexibilidad de las reglas que transmiten así un significado borroso, pero enriquecedor.

Según esto, los discursos literarios serían, por unas razones u otras no tan claras como las aquí vistas, los de “alta tasa de información”; los no literarios, los demás.

Tampoco esto es cierto del todo. El mismo hecho que permite como un texto y no un “sin sentido” el enunciado “la música callada” es un hecho pragmático, de situación, como decíamos más arriba. Tenemos, pues, que las unidades de los mensajes cifrados en una lengua natural significan en virtud de las reglas que constituyen el código de esa lengua, pero también de otros códigos que regulan su desenvolvimiento social. Unos determinados usos sintácticos y semánticos propician unas determinadas calificaciones pragmáticas y dificultan otras; una determinada situación fuerza una interpretación, incluso no favorecida por la sintaxis y la semántica del texto y hacen imposibles otras, que hubieran sido las normales en otra situación distinta.

La Retórica.

La dimensión pragmática de la Semiótica pone también de manifiesto el carácter retórico de la actividad discursiva literaria.

La Literatura, según hemos venido diciendo, quiere movernos hacia unas actitudes determinadas, hacia determinados descubrimientos. Es, pues, una actividad retórica, ya que Retórica es el arte del discurso persuasivo, de la actividad lingüística que tiene por fin suscitar la adhesión.

Por otra parte, en nuestros estudios de Literatura, todos nos hemos aprendido listas de figuras retóricas, inventarios de procedimientos que sirven para llamar la atención, paso previo e evidentemente imprescindible al de conseguir la adhesión.

Los manuales más modernos de la Enseñanza Media presentan ya esas figuras no sólo como un apéndice de los cursos de Literatura, sino como un importante capítulo de los Cursos de Lengua. Y tienen razón.

En una gran medida, las figuras empleadas en la Literatura son las mismas que las utilizadas en el discurso ahora llamado publicitario o en el discurso político o cualquier otro discurso propagandístico. Lógicamente quien quiere llamar la atención ha de emplear los medios existentes en los mecanismos comunicativos del ser humano. Y de nuevo topamos con la Pragmática.

Textos igualmente retorizados se diversificarán por su finalidad literaria (compartir un descubrimiento) o propagandística (conseguir que los receptores obren de una u otra manera). Y todavía hay que decir que no es igual el discurso político que el de la publicidad comercial o la predicación religiosa, etc.

La mirada semiótica, es decir, explicitadora, sobre los discursos nos hace descubrir que la Literatura forma parte de la Retórica y no sólo del arte o, dicho de modo más fuerte aún que -quíralo o no- todo arte es Retórica también, aunque no sea cierto el aserto inverso.

Pero, es claro, la mirada semiótica no sólo ha puesto de relieve la dimensión retórica de muchos discursos diferentes sino que, sobre todo, ha servido para tomar nuevamente conciencia de la función que la actividad retórica propiamente dicha tiene en nuestro tiempo, aunque se enseñoree de todo sin osar manifestar su nombre.

Como recordaremos, el lenguaje tiene una primera función comunicativa (dice *algo*), una función expresiva (manifiesta mucho del que inicia la comunicación) y una función conativa (mueve a obrar al interlocutor), función específicamente retórica. Pocos discutirán hoy la importancia que ha cobrado esta última función en nuestro mundo de las relaciones mediadas. Como pocas veces es posible contrastar empíricamente los hechos en la civilización planetaria en que los medios de comunicación social nos pueden presentar cualquier punto de la Tierra, ocurre que, a la vez que podemos estar más informados que nunca, podemos ser más manipulados que nunca. Lo que se nos cuenta puede ser la verdad o corresponder solo a una "imagen" montada para que reaccionemos de tal o cual manera: *vender imagen*, de ahí el eslogan de actualidad que traduce la importancia de *representar* frente a la importancia de *ser*.

La redacción de titulares periodísticos, la repetición del cliché, la elección y combinación de la música, el juego con las cámaras ofrecen incontables posibilidades diversas de influir con el lenguaje idiomático, icónico, mixto, etc.

Si esto es así, se entiende la especial importancia que cobra el conocimiento semiótico, ya sólo para estar a la altura de las circunstancias, ya para estar entrenado contra un juego que muchas veces olvida elementales principios éticos para acometer la más diversa manipulación informativa, la más moderna forma de violencia, el moderno atentado contra la libre racionalidad y libertad del ser humano.

En sentido amplio, la vieja Retórica es la nueva Semiótica. En sentido estricto, aunque con muchísimas matizaciones, la Semiótica en su dimensión pragmática o, más bien, entendida toda ella como Pragmática (es decir, lenguaje en contexto, lenguaje en acción, acción de lenguaje), es la forma actual de la vieja Retórica. Sea lo que fuere, he ahí una razón más que abona el imparable auge de la Semiótica.

La moda semiótica.

Tan prometedoras perspectivas para nuestra actividad necesitan sin duda de algunas matizaciones. Porque la Semiótica ya no es “moda” académica como lo fuera en los años 60 y 70 en que, para determinados docentes (de esos que siempre hay más interesados por estar *à la page* que por saber algo) *semiótica* era equivalente a *oro molido*: “¡Aunque no lo diga, mi trabajo es semiótica pura!”, oí en una ocasión.

Pasaron también las veleidades totalitarias de algunos que, puesto que la Semiótica, según hemos dicho, es un punto de vista aplicable en todas las Ciencias Humanas, quisieron -despreciado cuanto ignoran- sustituirlas por la Semiótica. ¡Abajo la antropología, la sociología, la historia!. ¡Todo es Semiótica!... ¡Menuda tontería!

La Semiótica de que hablamos es toda estrategia interdisciplinaria que estudia la producción del sentido, lo que de “lenguaje” hay en toda manifestación de cultura. Se trata de un punto de vista que no sustituye a ninguna Ciencia Humana, sino que se puede introducir en todas, iluminándolas.

“Estrategia” he dicho y no ciencia o método, ya que, en otro caso, se identificaría con ésta o aquella de las Ciencias Humanas, y no es así. Pienso que sólo en el caso de la Lingüística puede hablarse de una cierta excepción. En efecto, cabe concebirla como una concreta semiótica, la que trata de las lenguas naturales o idiomas. Y ya hemos visto con cuánta cautela se ha de tomar esta información por cuanto -insistimos- las producciones de sentido de las lenguas no se derivan sólo de su entidad idiomática. Se trata también de una actividad interdisciplinaria por definición: atiende a lo que de común hay en muchas disciplinas y echa mano de los instrumentos que dicen relación al análisis del sentido en cualquiera de ellas según las necesidades del momento.

En cuanto a “producción de sentido”, no será necesario con los ejemplos aducidos, explicar qué queremos decir cuando hablamos de “lenguaje” en arquitectura, moda indumentaria, urbanismo, liturgia, señalización vial, cine, carteles publicitarios, teatro, televisión ...literatura (!).

De lo dicho se deduce que no cabe razonablemente aprensión sobre totalitarismo alguno. Quizás alguno se pregunte por el peligro de manipulación que encierra el entrenamiento en el uso de los discursos. Es cosa que pasó

a los contemporáneos de Aristóteles con la Retórica. Éste contestó que, excepto del bien en sí mismo considerado, el peligro de la mala utilización de una capacidad es siempre permanente. Pero, como es inevitable, esforcémosnos en no manipular nosotros. El adiestramiento servirá, en cambio, para no dejar que nos manipulen, ni a nosotros, ni a los demás.

Concluimos. Si el signo es connatural y fundamental a este mono gramático que es el ser humano, la Semiótica es derivación necesaria de hacer consciente esta realidad.

No me quejaré, empero, de que haya pasado la moda académica de la Semiótica cuando apenas ha tenido lugar su divulgación social (he podido comprobar que la broma de definir la Semiótica como *semi-otis*, ciencia de los sordos, puede colar todavía en ciertos ambientes). No estimo tan importante que haya cátedras o cursos de semiología como que se difunda la sensibilidad semiológica en los cultivadores de las Ciencias Humanas. Podría no haber semiólogos, pero sería malo que no fueran semiotistas los lingüistas, críticos literarios, urbanistas, arquitectos, historiadores, etc.

Cuando el aire que respiramos es puro, no tomamos conciencia de que vivimos gracias a la atmósfera. Desaparecer como nombre por estar omnipresente como sensibilidad, he ahí la más halagüeña y necesaria perspectiva de la Semiótica.

BIBLIOGRAFÍA

- Atlan, H. (1972): *L'organisation biologique et la théorie de l'information*, Paris, Hermann.
- Austin, J.L. (1971): *Cómo hacer cosas con palabras*, Buenos Aires, Paidós. (*How to do Things with Words*, 1962).
- Barthes, R. (1970): *Elementos de semiología*, Madrid, Comunicación. ("Eléments de Sémiologie", *Communications*, 4, 1964 (91-134)).
- Barthes, R. (1974): *R. Barthes (¿Por dónde empezar?)*, Barcelona, Tusquets.
- Bense, M. y Walther, E. (1975): *La semiótica. Guía alfabética*, Barcelona, Anagrama, (2ª ed.) (*Wörterbuch der Semiotik*, Colonia, Kiepenheuer & Witsch, 1973).
- Berrendoner, A. (1981): *Eléments de pragmatique linguistique*, Paris, Minuit.
- Bochenski, J.M. (1981): *Los métodos actuales del pensamiento*, Madrid, Rialp (14 ed.).
- Bobes Naves, M.C. (1989): *La Semiología*, Madrid, Síntesis.
- Buysens, E. (1978): *La comunicación y la articulación lingüística*, Buenos Aires, EUDEBA. (*La communication et l'articulation linguistique*, Paris, PUF, 1.967).
- Cole, P. (ed.) (1981): *Radical Pragmatics*, New York, Academic Press.
- Coquet, J.C. y otros (eds.) (1982): *Sémiotique de l'Ecole de Paris*, Paris, Hachette.
- Chatman, S., Eco, U. y Klinkenberg, J.M. (eds.) (1979): *A Semiotic Landscape Panorama Sémiotique*, The Hague, Mouton.
- Chomsky, N. (1978): *Problemas actuales en teoría lingüística. Temas teóricos de gramática generativa*, Madrid, Siglo XXI.
- Dijk, T.A. van (1983): *La ciencia del texto. Un enfoque interdisciplinario*. Barcelona, Paidós.
- Eco, U. (1977): *Tratado de semiótica general*, Barcelona, Lumen. (*A Theory of Semiotics*, Milano, Bompiani, 1976).
- Garrido Gallardo, M.A. (1982): *Estudios de semiótica literaria*, Madrid, CSIC.
- Garrido Gallardo, M.A. et alii (1987): *La crisis de la literariedad*, Madrid, Taurus.
- Greimas, A.J. y Courtès, J. (1979): *Sémiotique. Dictionnaire raisonné de la théorie du langage*, Paris, Hachette. (Trad. esp. *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Madrid, Gredos, 1982).
- Hamburger, K. (1968): *Die Logik der Dichtung*. Stuttgart, Ernst Klett. (2ª ed.).
- Hawkes, T. (1977): *Structuralism and Semiotics*, California, UCP.
- Jakobson, R. (1975): *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix Barral. (*Essais de linguistique générale*, Paris, Minuit, 1963).
- Jakobson, R. (1978): *Lo sviluppo della semiótica*, Milano, Bompiani.
- Lotman, Y.M. (1978): *Estructura del texto artístico*, Madrid, Istmo.
- Mayoral, J.A. (comp.) (1986): *Pragmática de la comunicación literaria*, Madrid, Arco.
- Morris, C. (1958): *Fundamentos de la teoría de los signos*, México, UNAM. ("Foundations of the Theory of Signs", *International Encyclopedia of Unified Science*, I, 2).
- Mounin, G. (1972): *Introducción a la semiología*, Barcelona, Anagrama (*Introduction à la sémiologie*, Paris, Minuit, 1970).
- Peirce, C.S. (1987): *Obra lógico-semiótica*, Madrid, Taurus.

- Rey, A. (1976): *Théories du signe et du sens*, París, Klincksieck.
- Romera Castillo, J. (1988): *Semiótica literaria y teatral en España*, Kassel, Reichenberger.
- San Agustín (1963): "Del Maestro", *Obras Filosóficas, III* (526-599); *Obras completas*. Madrid, B.A.C. (3ª ed.).
- Saussure, F.de (1965): *Curso de Lingüística General*, Buenos Aires, Losada (5ª ed.).
- Searle, J.R. (1980): *Actos de habla. Ensayo de filosofía del lenguaje*, Madrid, Cátedra. (*Speech Acts: An Essay in the Philosophy of Language*, Cambridge, CUP, 1969).
- Todorov, Tz. (1977): *Théories du symbole*, París, Seuil.
- Welby, V. (1983): *What is Meaning? Studies in the Development of Sifnificance*, (1903), Amsterdam, Benjamin.
- Worf, B.L. (1927): *Language, Thought and Reality*, Cambridge, MIT Press.
- Wunderlich, D. (1972): *Linguistische Pragmatik*, Frankfurt, Athenäum.